



Los poetas jóvenes.

LUIS SCARZOLO TRAVIESO.

En plena primavera de la vida se agita, y es artista por fuerza de temperamento, por exhuberancia de imaginación, por imperiosa necesidad del alma. No ha cumplido aún los veinticinco años, y está, por lo tanto, en la edad en que se sueñan cosas bellas, se desean novias de hermoso rostro, se buscan conquistas heroicas y se escriben versos alados. Ningún espectáculo más deslumbrante que el que se entrevée desde esa altura de la existencia, cuando el Sol derrama esplendores en mitad del cielo, la esperanza descende en ráfagas de luz hasta el fondo del alma, y el amor—el eterno

tirano del mundo—abre todas las fuentes de sus goces y misterios para que en ellas humedezcan sus labios los sedientos de placer. La juventud, que es toda vibración, toda sentimiento, y que, al revés del viejo Fausto, encuentra en el simple roce de una mano femenina, en la tibia suavidad de una caricia ó en el soplo fugáz de una promesa, motivo sobrado para despreciar los deleites y encantos de una naturaleza más perfecta é infinita que la humana, lo embellece todo con sus arrebatos y explosiones, con sus ensueños y audacias,—hasta el dolor, que es negro,—hasta la miseria, que es mal oliente. Se conciben lógicamente todas las empresas á esa edad, y á esa edad se explican todas las extravagancias, y se toleran y perdonan todos los excesos, hasta los poéticos!... Espíritu nuevo, sensitivo, educado en un ambiente claro de salud, Scarzolo tenía que caer, y ha caído, en la pasión inevitable del verso, aunque sin brusquedad algu-

na, sin dislocamiento de la razón ó del buen gusto, sostenido por la serenidad que alcanza todo aquel que antes de arrojarse á las eventualidades de un salto difícil, mide con exactitud la distancia que ha de recorrer para no gastar ni economizar fuerzas estérilmente. Su inspiración no es sombría ni locuaz, ni extremadamente profunda, ni extremadamente superficial: fresca, clara, armoniosa, se produce espontáneamente y de manera radiante, en estrofas sonoras, de una sonoridad deliciosa, que cantan siempre la alegría de los pocos años, el noble contento del vivir, el amor, la mujer, la belleza, en fin, en sus más exquisitas formas. Es la inspiración del poeta porque sí, porque nació poeta, y del que, como tal, percibe por intuición, afinada por el estudio, la poesía que hay en todo lo creado. Esta potencia del espíritu, que no exige esfuerzo ni consiente cálculo, nace con el individuo y se desarrolla con mayor ó menor intensidad según la tensión á que se la

someta. Convencido de la superioridad que de esa potencia emana, y egoísta, además, de sus placeres estéticos, como el arqueólogo lo es de sus descubrimientos ó el coleccionista de las reliquias que adquiere, Scarzolo se complace en gustar sin regateos la esencia que extrae de la parte agradable de la vida, evitando llegar, por ahora, á las raíces de donde ella surge, para no amargar los goces que apura, y que no han de durar siempre. Por eso no esparce sombras á su alrededor ni siembra dudas en sus producciones; quiere buenamente admirar lo bello, como el viajero que se lanza á una excursión de recreo, y no filosofar sobre las escenas, fenómenos, seres y cosas que desfilan delante de su mirada; extasiarse sin pesimismo prematuro ante los hallazgos de hermosura que su fantasía logra, y no fatigar el cerebro en tareas iguales ó parecidas á las que los Orfeos antiguos realizaban con los hombres primitivos. De sus escasas obras,

— estrofas breves, ideas sueltas, ensayos y tanteos afortunados — no se desprende tendencia ni enseñanza algunas: su sinceridad rechaza todo fingimiento y su juventud todo excepticismo prestado. Si ríe casi siempre en sus versos, con risa más espiritual que bulliciosa, es porque el alma ríe, sencillamente, y si no destila lágrimas frecuentes ó formula quejas dolorosas, es porque su naturaleza no sufre ni llora, y porque se violentaría si la disfrazara con un sentimiento insincero. Aún cuando en apariencia parezca aceptar decididamente imposiciones de escuela, modas raras, sacos de viaje que nada de positivo guardan, su propósito íntimo es andar por cuenta propia el camino de la vida, y grande ó pequeño, trascendental ó efímero, conquistarse una personalidad muy suya, libre de contagios malsanos y de imitaciones serviles.

* * *

Y á eso va francamente: á la conquista de un nombre. Es posible que la empresa sea larga, porque su carácter reposado, tranquilo, no le empuja á las carreras vertiginosas, que no conocen descansos ni comprenden obstáculos; pero ha de llegar á la meta de sus aspiraciones más tarde ó más temprano, no importa cuando, porque en sí mismo lleva una energía poderosa—la energía del deseo—que puede más, muchas veces, que la voluntad y la razón juntas. Aquella verdad, bien conocida en mecánica, de que lo que se pierde en fuerza se gana en velocidad, quizás pueda aplicarse, á la inversa, á todos estos espíritus indolentes, que jamás sienten las punzadas de la impaciencia. En el deseo de probar cada día una nueva emoción de belleza, está el secreto de las distintas pasiones que han sacudido el alma de Scarzolo. A los dieciocho años, y algún tiempo después de nutrir su espíritu en la eterna ciudad del arte, á

la que fué pocos meses más tarde de abandonar su patria—Costa Rica—y residir en Montevideo, se entregaba con entusiasmo á la enseñanza de la niñez, orgulloso de su misión redentora, de su gran papel de forjador de inteligencias tiernas... ¡él, que era un niño todavía! Pronto le pareció estrecho, sin embargo, el campo de acción que había elegido, y se decidió por el periodismo, en el que todavía persiste, subyugado por los contrastes de esperanzas y desalientos, de satisfacciones y sinsabores que provoca diariamente, en un sentido espiritual más que material. La pintura también le ha enamorado siempre, y, aunque no de una manera tan intensa como la poesía, lo suficiente para arrastrarlo, en muchas ocasiones, á cambiar la lira por la paleta, y á derramar colores en telas que, si no son un prodigio de perfección, ni reflejan, débilmente siquiera, el destello de originalidad anunciador de un nuevo artista, tienen *algo* en los rasgos que no es

producto de cerebros débiles ni de almas vulgares, sino más bien de temperamentos que luchan por formarse y esperan sólo el instante propicio para revelarse en toda su energía y soberbia. Como en el verso, Scarzolo es alegre, discretamente juguetón en los ensayos pictóricos. Sus gustos actuales señalan una marcada preferencia por la pincelada caricaturesca, por la nota risueña, por la ironía amable, sin asomo de crueldad, amargura ó mala intención. Sin embargo, no siempre tienen éxito estas escapatorias voluntarias al dominio del arte epigramático. Muchas de sus caricaturas—hay algunas excepciones—se resienten lamentablemente de exceso de ingenuidad y ausencia de elegancia. Falta en ellas, además de un aticismo más pronunciado y agudo, lo que es materia abundante en el verso: la corrección, la flexibilidad, el *buen ver*, en fin. Composiciones poéticas ha escrito Scarzolo—y de ello da fé este volumen—que en rigor de verdad no

dicen nada al alma ni al cerebro; pero suenan bien, hieren dulcemente el oído, y el espíritu las acoge de buena gana, á guisa de pasajero deleite. Son como trozos de música deliciosa,—muy en moda, por lo demás, entre la mayor parte de los poetas del día—que sin servir de armazón á pensamientos ligeramente graves, se aceptan y hasta se piden para ahogar en sus sonoridades, durante algunos momentos, los problemas que el complicado engranaje de la existencia moderna ofrece. En sus aleteos de pintura, Scarzolo no ha llegado á ese grado de agilidad: el pincel es rebelde á la línea flexible, á la gracia, y tropieza á menudo, tartamudea, inseguro de sus movimientos y de sus fuerzas. Decía Chateaubriand que el talento no es más que una larga paciencia, y aún cuando en la práctica la escasez de aquella cualidad no se adquiere ni reemplaza con ninguna otra, es fácil que la *paciencia* en el estudio robustezca el *talento* de

artista que empieza á insinuarse en el autor de *Ensueños y Vibraciones*, y que entra por mucho en el conjunto de su personalidad literaria. Poeta y artista, después de todo, es una conjunción natural, lógica, por más que haya *poetas* que no sepan ver la *poesía* de un cuadro y *pintores* que permanezcan insensibles al sentimiento de un *poema*. Es cierto que la alta poesía dispone de bellezas que la pintura más alta no alcanza jamás, pero tanto el poeta como el artista se encaminan á un mismo fin por diferentes caminos: á estudiar la vida, á reflejarla en sus cantos y en sus telas. Todas las composiciones poéticas de Scarzolo revelan el germen de artista que se esconde en el simple combinador de versos: en todas ellas es fácil desentrañar mayor sentimiento del color y de la línea que en los tanteos pictóricos que ha realizado, y que no pueden considerarse, por otra parte, más que como promesas de una obra futura mejor. Lo exterior — la forma, lo

que se ve á simple vista — es lo que más impresionada hoy al poeta y al artista; la poesía subjetiva, que exige más sutileza de observación y profundidad de pensamiento que elegancias de pura indumentaria, vendrá más tarde, cuando la reflexión y el criterio sereno reclamen todos sus derechos, que será allá para cuando el espíritu, hastiado de placeres fugaces, de contemplaciones objetivas, aspire á alegrías más duraderas y sólidas que las que proporciona un gesto gracioso, un capricho conseguido ó una estrofa bien rimada.

* * *

Ha dicho no sé quién que los artistas que expresan ideas profundas son los más útiles de los hombres, y los que sustituyen la profundidad por la obscuridad son como los cinceladores de los textos huecos de los chinos. Por más que la forma

de las composiciones de Scarzolo parezca un remedo,—afortunado, sin duda alguna,—de la fórmula poética que sacrifica la claridad del pensamiento á los giros más raros y extravagantes de la frase,—poesía que, según Julio Lemaitre, sólo se descifra recurriendo al penoso procedimiento que se emplea para descifrar las inscripciones asirias—ella trasluce una independencia de criterio que hace perdonables—si cabe perdón en materia de buen gusto—ciertos decadentismos que asaltan al lector á la vuelta de algunas páginas. La sumisión á la frase retorcida, audaz, sin sentido, resulta evidente: el poeta no ha querido ó no ha podido escapar al pernicioso contagio. Sin embargo, éste se concreta á la factura: en lo que concierne al fondo, se libra felizmente del mal, y presenta sus ideas claras, transparentes, tal cómo las entiende y anhela que se las entiendan. No se desprenderá del conjunto de ellas la utilidad que

traen consigo las ideas profundas, de que antes hablaba, pero tampoco habrá que echarse á buscar la fecunda semilla oculta, ignorada,—tan ignorada como todo lo que no existe—que pretenden contener las tituladas *modernistas*. Es modernista Scarzolo, sí, pero á su manera: en la acepción más franca de la palabra, y esclavo, por lo tanto, de lo nuevo, de lo que importa adelanto, progreso, luz. No se busque contradicción entre lo que digo y lo que fluye naturalmente de este su primer volumen de versos,—con fachada modernista, con estrépito de adjetivos metálicos, etc.,—porque no se la descubriría lógicamente. Las apariencias engañan, y el modernismo que Scarzolo ha recojido en lecturas extranjeras,—debilidad innegable—para darle un barniz de novedad á su obra, es inofensivo, ligero, de labios para fuera. Sigue la moda, viste con arreglo al último figurin que aquí se conoce—¡quién sabe de que época!—aunque reformado, arreglado á su

gusto, y á condición de no alterar lo interior, el alma, los sentimientos. No se arriesga á romper lanzas con los *efimeros*, ni tampoco á parecer efímero á los espíritus sensatos, y se mantiene en un término medio tan incierto como difícil de sostener sin peligro de la propia personalidad. . . . Yo hubiera deseado, desde luego, mayor independencia, mayor voluntad de brillar por cuenta propia, ajeno á todo influjo, especialmente en lo que atañe al verso, llamado á desaparecer por el abuso estéril que de él se hace. Abundan los poetas y escasea la poesía precisamente por eso, por la excesiva suma de producción rimada que inunda el mundo, por el afán de originalidad. . . . copiada, que estremece á unos y á otros. Nadie quiere ser *menos* porque todos quieren ser *más*. . . . sin llegar á ser nada. La paradoja del repulsivo Oscar Wilde de que las malas poesías son expresión de sentimientos verdaderos, parece que se ha adoptado como divisa por los que al verso se

dedican, porque nadie ama ya la naturalidad, la sencillez, la sinceridad que distingue y señala al verdadero artista. Hay un recrudescimiento de aquella vanidad sutil que citaba Pascal, y que consiste en parecer raro por afectación, por tener la vanidad de.... no ser vanidoso. Scarzolo está lejos, por ahora, de todo esto: su educación, su temperamento, su amor á la verdad, le sirven de coraza contra los sentimientos falsos, contra toda vacilación fingida. No se libra en absoluto de la corriente general, en lo que de corriente tiene, pero se aparta en lo posible de los que á ella se entregan á ojos cerrados, seducidos por un deslumbramiento que no analizan ni comprenden. Si se sujeta á la frase vertebrada, que brinca de rabia, al consonante que surge forzado, á la imagen abstracta, es porque encuentra en ello el goce del gimnasta que descubre una nueva flexión para fortalecer sus músculos. Este ejercicio tiene, sin embargo, como

todo lo que se apura demasiado, un inconveniente grave: el de conducir á la vaciedad, á lo hueco, á lo que dice mucho y no expresa nada. La exhuberancia excesiva de palabras perjudica la claridad de la idea, como la extremada frondosidad de un árbol es perjudicial á la cantidad y calidad del fruto. Por fortuna del poeta y de su buen nombre futuro, hay en su carácter un rasgo curioso, que impide toda duda sobre el posible peligro de que el torrente musical de la imaginación aniquile la fuerza del cerebro: ese entusiasta de la belleza, que acribilla el papel de renglones cortos, de armonías y de luz; que parece un manantial de imágenes, de cantos y alegrías en continua gestación, es en la vida ordinaria un indiferente, un estóico, frío, reservado, aunque sin fondo negro, que se reserva para sí todo lo que elabora su espíritu. Muchas veces, cuando le observo encorvado en una mesa de redacción, la mirada vivaz, el semblante impasible, trazando en

PRÓLOGO

silencio la silueta de un amigo ó el perfil de una mujer entrevista en la vaguedad de un ensueño, ó paseando su mutismo permanente al lado de uno ó varios camaradas, de los cuales parece separado por un abismo, me vienen á la memoria, por una rara asociación de pensamientos, aquellos hombres silenciosos de que habla el filósofo inglés, que resultan más tarde ó más temprano los trabajadores *positivos* de la humanidad. ¿Habrán, por ventura, *sal de la tierra* en este poeta nuevo, indeciso, que sólo á largos intervalos nos deja oír los latidos de su alma y los estremecimientos de su cerebro?....

Eduardo Ferreira.

